

Inquietud

Siguiendo la ruta

Las almas se purifican en el sacrificio. La fé en un ideal pierde su fuerza emotiva, cuando se apoya en la conveniencia del momento para ascender un peldaño.

Avanzar no es siempre recuperar, ni aun servir al fin que lo informa, si éste es totalitario y se quiere que el ideal se adueñe de todo el pueblo, creando en él un sentido de responsabilidad, que le impida incurrir en claudicaciones sucesivas.

Las conductas y los ideales, se afirman en el continuo batallar de todos los días.

Ese batallar que no permite más tregua que aquella que se necesita para contemplar las nuevas posiciones y decirse: ¿Es éste el camino que me conducirá al triunfo total? Pues, adelante.

Nuestro ideal es de libertad. Seguimos con fé inquebrantable la trayectoria erizada de espinas que nos marcó el destino, al nacer donde nacimos. Ni somos más, ni menos que nadie. Somos vascos y basta.

Mientras las naciones se conmueven ante el temor de futuras conflagraciones guerreras, nosotros, al abrigo de las montañas allivas que inmutables nos contemplan, seguimos la trayectoria rectilínea del Nacionalismo.

Amamos la libertad. La deseamos ésta para todos los pueblos y para todos los individuos. Pero creemos que a su conquista ha de acompañar una sólida formación moral que sirva de baluarte contra las embestidas del enemigo que en nuestra propia patria, en nuestros propios reductos, impida que siga diluyéndose todo lo que fué patrimonio de siglos, tesoro de virtudes ancestrales, foco de luz que se apaga con la retirada del euzkera...

Creemos en la Justicia Universal que se eleva por encima de los gobiernos de los pueblos y aportamos nuestro humilde grano de arena, elevando un grito airado, contra el hipócrita rumor de paz y de justicia que mancha la faz del mundo.

Peró sabemos también que esa Justicia Universal permanece postrada, herida en lo profundo de sus células vitales, y a merced de poderosas minorías, que son el cancer que corroe a la humanidad.

Porque no se detienen guerras de conquista, como la actual en Abisinia, en la que miles y miles de seres están pagando su tributo de amor a la libertad, frente al imperialismo de un hombre, al que sigue una minoría de fanáticos que creen todavía en la virtud de la Autocracia y en el genio del «Déspota», para servir a la civilización y al progreso.

Porque hay naciones oprimidas, como la nuestra, y no se les reconocen sus legítimos derechos.

Porque la libertad y la igualdad en los mismos ciudadanos, es un mito que se esgrime sin cesar.

Porque hay miles de seres que se mueren en la indigencia, y los gobiernos destinan la mayor parte de sus presupuestos a los preparativos guerreros.

Porque presentimos que este estado caótico y amoroso que envuelve como densa humareda a nuestra actual civilización, es el preludio de ondas transformaciones que cambiarán la faz del mundo, encaminándolo por nuevos derroteros...

Es por ello, que nuestra inquietud sube de punto al contemplar como camina nuestra Patria, como barco sin rumbo en este proceloso mar de negaciones.

Deseamos el triunfo del Nacionalismo. Hoy más que nunca ponemos los ojos en nuestra Patria.

Nuestro fin, no es crear una agrupación para sacrificarlo todo a su triunfo. No nos ciega el resplandor de una victoria inmediata.

Deseamos eso sí, el triunfo de nuestro pueblo, la ansiada facultad de regirnos a nosotros mismos. Y para conseguirlo no nos asusta el encontrar una coincidencia en campos de opinión contrarios a nuestras ideas de régimen interior; porque la libertad no la queremos para nosotros solos, la queremos para todos nuestros hermanos. Y si admitimos que ellos tienen derecho a vivir en nuestro hogar, «cada cual en su habitación», también debemos admitir que tienen derecho a disfrutar del régimen de independencia que queremos para nosotros.

En nada claudicamos por ello, porque nos creemos fuertes, indestructibles, en las convicciones íntimas que alimentamos. Porque nuestra vasquía es superior a toda idea ulterior.

Por eso defendíamos el Frente Nacional Vasco.

Por eso hoy, nos lanzamos decididos por el camino que ha de conducirnos hacia la ansiada constitución de la República Vasca. Ya nos encontraremos en alguna otra ocasión. Nosotros por lo menos, seguimos el buen camino.

Beti-Aldage.

¡Arriba la frente Trabajador Vasco!

—Escucha, obrero vasco:

La defensa y felicidad de tu familia, de tu hogar, de tu patria, está en tí mismo. No fies en quien te oprime y humilla.

Si el burqués te ayuda, piensa que será por su propia conveniencia más que por la tuya. Acaso para tomarte de coraza protectora de sus intereses contra las demandas de otros obreros a los que temerá porque sabe que le exigirán más que tú.

No vendas tu libertad ni traiciones a los tuyos.

No hay estigma más degradante que comer la sopa boba que como a mansos corderos, nos echa el enemigo de nuestros derechos de trabajadores, para tenernos dóciles y sumisos.

¡Haz la prueba! Ante un conflicto en el que defiendas tu pedazo de pan, que necesitas para alimentar a tus hijos; y el oro que avaricia él para amontonarlo en sus arcas y hacerlo producir, verás que a él le importa poco tu pan miserable.

¡Trabajador vasco! Tu lucha para reivindicar tus derechos debe ser digna de tí.

¡Líbrate de tuteladas enemigas de tus aspiraciones!

—¿Que no son enemigos de ellas, dices?... Entonces ¿a qué esperan para darte lo que les está mandado y es posible; y para reconocerte esos derechos ordenándolo todo hacia su realización? Lo que quieren, con sus buenas palabras, es encubrir su egoísmo y amarrar tus brazos invocando encíclicas que tú eres el único que las cumple.

—¡Pero si precisamente tratan ahora, con su acción y sus nuevos organismos social-cristianos, de cumplir esas encíclicas!...

—Para cumplirlas el capitalista, el burgués, el patrono, no necesita ponerse al frente del movimiento obrero y orientarle en un camino... ¡que ya tiene recorrido el trabajador! Es a él, al «burgués» a quien le toca demostrar, con obras sólidas y permanentes que está dispuesto a realizar aquellos mandatos papales... ¡Pues que lo demuestre!

—Pero las cosas necesitan tiempo.

—¿Tiempo? ¿No bastan dos mil años de prédica del cristianismo? ¿No son suficientes más de cuarenta años que han pasado desde que el Papa dictó aquellas encíclicas? Y dime: ¿Cuánto tiempo ha necesitado el obrero para ser... OBRERO, y malvivir de su esfuerzo y morir del abandono de esos que ahora se preocupan, de palabra, de este problema pavoroso?

—¡Ya irán resolviéndolo poco a poco!

—¡Sí, hombre, sí! Tú mismo puedes comprobarlo. ¡Mira! Aquí tienes esta circular. Pide dinero—mil pesetas o un duro—¿sabes para qué?... «Para recordar a los obreros en una labor catequista sus obligaciones y deberes religiosos sociales. Y ¿sabes quiénes firman la circular? ¡Asómbrate!...; cuarenta ricachones con más millones que lo que pesamos nosotros. Ellos no tienen obligaciones morales ni materiales que recordar y cumplir. A los que hay que recordárselo, para que no se desmanden, acuciados por el egoísmo provocador y criminal del burgués, es a los pobres obreros...»

—¡Eso es vergonzoso! y es verdad; pero...

—¡No hay pero que valga! Cientos de miles de trabajadores—vosotros mismos los solidarios—han llenado los requisitos que en esas encíclicas se señalan. Nada tenéis que dar. Más aún; mucho tenéis que pedir. ¿Y ellos? ¿Cuántos son los patronos, los burgueses, los capitalistas que, ante un conflicto social entre el trabajo y el capital, ante una situación desesperada, ante la miseria y el hambre, son capaces de obrar en JUSTICIA SOCIAL-CRISTIANA, y de partir su capa en dos, dar la mitad a los pobres y seguir la doctrina, cuyo cumplimiento a vosotros que la cumplís os recuerdan con preocupación?

—¡Es verdad!

—Verdad que no debéis olvidarla jamás. Y cuando tú, pobre obrero, veas que el rico se pone al frente como orientador de tus demandas; cuando veas que él paga su cuota de redención—como cristianos de cuota que son—para que te organices, cuando veas que él, o quien a su servicio está, te adula con palabras blandas, y promete y paga y sonríe... si no has perdido la vergüenza, ¡se fuerte!... y ¡temblat como señal de tu misma fortaleza. Porque lo más probable es que algún peligro te acecha. Vas a ser escabel de sus ambiciones.

Y ténlo siempre presente;—más vale y más aliento da, para la lucha, la moneda de cobre, sucia de cardenillo, que aportes tú desgarrando tu misma hambre, para tu defensa y la de los tuyos—como prueba de fraternidad solidaria—que aquel millar de pesetas que firmando un cheque te entrega, sin esfuerzo, contra recibo—para recordártelo—tu mismo verdugo.

Como hombre, te debes a tu fé. Sé cristiano; varonilmente cristiano; que ennoblece al hombre seguir la voz justa de un obrero como fué Cristo. Lucha, como hombre, por la restauración de la vida en ese espíritu de amor y de humanidad.

Como vasco, te debes a Euzkadi.

Sé patriota, honradamente patriota; que nada puede enorgullecerte más que sentir el impulso afectivo de la sangre y comprender, como alta prueba de cultura y de civilización que, precisamente por ser vasco, tienes la misión de restaurar también nuestra nacionalidad, defendiendo sus derechos, su libertad. Mas, para ello, lucha organizado con los tuyos, los trabajadores.

Porque, como trabajador, te debes también a tu clase. Siente en tu corazón la alegría de esta solidaridad del trabajador basada en la fraternidad vasca. Anímate con el optimismo que crea esta satisfacción íntima de sentirse fuerte en la pobreza, y capaz de todas las acometidas; porque esa fortaleza tiene su raíz en el sacrificio, en tus luchas penosas, en tu dolor y en el dolor de los tuyos.

Oyeme, trabajador vasco:

La defensa de tu familia, de tu hogar, de tu patria, está en tí mismo.

Al empuñar la azada, la lima, o el remo... ¡levanta tu cabeza con dignidad!; yérquete orgulloso, sin desplantes pero con decisión, y trabaja animoso y lleno de fé, dispuesto a la lucha encarnizada que, en defensa de aquellos limpios valores, se ha de presentar ante tí, como oportunidad emocionante y reivindicatoria de tanta opresión, de tanta falsedad, de tanta vergüenza, de tanto sufrimiento, de tanto dolor.

¡Arriba la frente, trabajador vasco!

Ningún hombre que sienta en su pecho la chispa luminosa del idealismo debe descender hasta enlodar su alma con el estigma inhumano del crimen.

Ningún hombre que siga con devoción una ruta generosa de libertad puede matar a otro hombre por el placer siniestro de eliminarlo para la lucha.

Ningún hombre que haya consagrado lo mejor de su vida a la defensa de una causa santa y justa en bien de sus semejantes puede matar a quien, como él, se entregó con ilusión a esa misma defensa.

Por esto nos extraña que hombres idealistas que militan en el campo social de izquierda no levanten su voz de protesta contra el intrusismo criminal, contra esos trabucaires que matan a honrados trabajadores vascos.

Sólo con el respeto mutuo, sólo con la tolerancia y la comprensión podremos acercarnos a la verdadera hermandad social que predicó el Divino Maestro.

¡Guerra a la guerra, sí! Y guerra también a quien, al amparo de una organización, empuña una pistola para destrozar la paz santa del hogar.

A la madre vasca

Nuestra responsabilidad

Son tantos los temas que a mi imaginación vienen, mientras la pluma espera impaciente sobre el blanco papel, que no sé por donde comenzar...

Por la ventana abierta, veo un enjambre de chiquillos que corren, rien, gritan, gozan. Es la eterna infancia, alegría de ojos cansados y esperanza de corazones entristecidos... Son los hijos, en los que en medio de sus travесuras y pequeñas maldades, queremos adivinar al futuro hombre de ciencias, al futuro héroe de leyenda, en los que queremos ver no la realidad sino un cúmulo de felicidades y ensueños y... esa es nuestra perdición.

Si con el corazón en la mano y el pensamiento puesto más allá de las miserias humanas pensásemos una vez al día en nuestra terrible responsabilidad, en que en nuestras manos está el porvenir de la Patria, temblaríamos de espanto.

El niño... tema eterno, siempre viejo y siempre nuevo. Su corazón y su inteligencia son como una superficie de cera pulida y lisa, sobre la cual debemos esculpir, nosotros las madres, las primeras enseñanzas y encauzar firmemente por el sendero de la Verdad las primeras sensaciones, creando el hábito del bien, que día tras día marcará la superficie de su alma, hasta formar el surco profundo e imborrable de su carácter. ¡Terrible responsabilidad! Pensemos firmemente en ello, pensemos en nuestra Patria oprimida y veamos que su salvación está en nuestras manos.

En medio de este siglo materialista en que los hombres se arrastran tras el brillo del metal, creando odios y guerras; en medio de este siglo de luchas y venganzas, alcemos nosotras, las mujeres de Euzkadi, alcemosnos valientes, reñadoras, esgrimiendo nuestras armas: el corazón de nuestros hijos. Seamos celosas de su educación, inculquemos en ellos el amor a la Patria; pero no un amor egoísta, ni convencional, sino un amor puro, sentimental y profundo; un amor que les haga odiar toda maldad, toda injusticia y opresión. Vigilemos sus actos, sus amistades, sus lecturas. ¡Cuántas madres vascas tiemblan con razón cuando su hijo nene en sus manos una revista inmoral y se la arranca como si fuera el frasco que contiene el veneno activo y cruel; pero ¿se preocupan igualmente de mirar si los periódicos, los libros de la escuela, encierran ideas que ofenden a Euzkadi, que niegan nuestra nacionalidad? ¿Se preocupan de enterarse si en la escuela o por radio oyen blasfemias contra nuestra raza? Eso no les preocupa.

¡Pobre Euzkadi! tu desgracia profunda no nos estremece, no nos hace apretar los puños de rabia, la sufrimos con resignación y eso no puede ser.

Dejemos en paz a los corazones viejos cansados de luchas y miserias, a los hombres carcomidos de egoísmo, pero que esos corazones puros de niños no sean profanados. Vigilemos como leonas, que la cizaña y el odio no germinen en ellos, y si solamente el amor a todos los hombres por el amor de Dios y a sentir la desgracia profunda de la única patria aquí en la tierra.

Y entonces seremos de verdad dignas madres vascas.

POLIXENE

A los Mendigoxales

A vosotros, heraldos de la Patria, salud: Sois los amantes de nuestros montes eternos, de los señores melancólicos de los bosques centenarios que obligan a oír la voz del corazón de nuestra madre-tierra.

¡Oh los montes de mi Patria! Vosotros traéis la paz, la serenidad y la audacia.

Las ciudades son efímeras, aunque sean el pensamiento de cada momento histórico, pero vosotros representáis lo eterno, y vivir es ir tras lo eterno.

¿Qué quedan de todas las civilizaciones más que un monte que las simbolice? Hay que ser raíz para culminar en copa, hay que ser flor para convertirse en fruto, y esto lo da el campo y al campo, el monte.

En nuestra tierra es el monte, el señor. El es la nota de la melodía del paisaje nacional, vive en un epitalamio constante con el casado, refugio de la tradición, siempre está presente en ella.

(Pasa al final de la 1.ª columna de 3.ª página)